

Discusiones en torno a la literatura infantil y juvenil

Edison Duván Avalos Flórez¹

Fecha de recepción: 08 de septiembre de 2018

Fecha de aceptación: 08 de octubre de 2018

Cómo citar este artículo: Avalos, E. (2018). Discusiones en torno a la literatura infantil y juvenil. *Revista Fedumar Pedagogía y Educación*, 5(1), 87 - 96. DOI: <https://doi.org/10.31948/rev.fedumar5-1.8>

Resumen

En este texto se discutirán algunos aspectos críticos de la Literatura Infantil y Juvenil, en primer lugar, el papel que deben tener los padres de familia, los bibliotecarios y la escuela en la formación de lectores; en segundo lugar, se reflexiona sobre el papel de los medios de comunicación en la construcción de contenidos dirigidos a la infancia; en tercer lugar, se intenta esclarecer el sentido que deben tener los adjetivos *infantil* y *juvenil* aplicados a la literatura, y cómo han sido manipulados por el mercado; por último, se presentan alternativas frente a los procesos de domesticación didáctica y comercial que amenazan la naturaleza epistemológica de la Literatura Infantil y Juvenil.

Palabras clave: escuela, lectura, literatura infantil y juvenil, mercado.

1. Introducción

Todo sería muy diferente si los padres de familia cada noche les leyéramos a nuestros hijos un cuento o el capítulo de una novela antes de que el sueño los cobije o si en sus cumpleaños les regaláramos un libro de historias con hermosas ilustraciones, en lugar del último video juego donde se mata a centenares de personas o si los lleváramos

¹ Docente de la SENESCYT asignado al Instituto Tecnológico Superior 'Vicente Fierro', en Tulcán, Ecuador; Director de Trabajos de Investigación de la Maestría en Literatura Infantil y Juvenil de la Universidad Técnica Particular de Loja, Ecuador; PhD. (c) de la Universidad Andina Simón Bolívar, en Quito, Ecuador. Correo electrónico: duvanflo@yahoo.com

regularmente de visita a las bibliotecas, las librerías, las ferias del libro, los recitales poéticos y demás actividades que organizan las entidades culturales o si simplemente el domingo en la tarde nos sentáramos con ellos en la banca del parque a que nos cuenten lo que imaginan cuando leen; en fin, todo sería muy diferente, demasiado diferente, si los padres de familia comprendiéramos la enorme importancia que tiene la Literatura Infantil y Juvenil en la formación integral de nuestros hijos.

Nuestra sociedad, muy seguramente, cambiaría de modo radical. No digo que se convertiría en una sociedad más honesta, moralmente correcta, ni mucho menos que sería una sociedad libre de maldad y de crímenes. No, es un error pensar que la lectura mejora éticamente a las personas, para citar un ejemplo: en la época de Hitler, Alemania era el pueblo más ilustrado de Europa. Lo que quiero decir es que la sociedad, al formar a los niños y jóvenes en la lectura de Literatura Infantil y Juvenil, adquiriría nuevas potencialidades, las personas contarían con mayores recursos argumentativos, poseerían experiencias más complejas de alteridad, y tendrían a su disposición una conciencia más amplia sobre la realidad.

Sin embargo, los padres de familia, al menos en mi medio, a pesar de que tenemos a mano la Literatura Infantil y Juvenil para generar ese cambio, solo nos dedicamos a quejarnos de lo mal encaminadas que van las nuevas generaciones. Creemos, y eso es lo peor de todo, que es la escuela –para eso pagamos– la que debe enseñarles a nuestros hijos el placer de la lectura, olvidando que fue ahí precisamente donde a nosotros nos enseñaron a aborrecer los libros y donde aprendimos a construir esta sociedad de la cual nuestros hijos son fruto.

Colomer (2001), directora del doctorado de Didáctica de la Lengua y la Literatura en la Universidad Autónoma de Barcelona, dijo sobre la lectura:

Los estudios sobre hábitos de lectura muestran una relación evidente entre nivel de escolarización y lectura. Sin embargo, también nos dicen que la afición a la lectura tiene mucho que ver con el contexto familiar y la socialización a lo largo de la infancia y adolescencia, así que no parece que la escuela pueda ‘garantizar’ la afición a la lectura en solitario. Por supuesto, su labor será más rentable si, por ejemplo, se asocia con la de las familias y los bibliotecarios. Pero aunque sea el único instrumento, puede hacer mucho, mucho más de lo que a veces hace. (pp. 4-5).

2. El bibliotecario: entre lo sagrado y lo profano

Definitivamente el trabajo de bibliotecario es uno de los más desvalorizados en nuestra sociedad. Muchas entidades administradoras de lo público y de lo privado consideran que cualquier persona puede ocupar ese puesto sin importar mínimamente la preparación que tenga. El único requisito que debe cumplir es saber leer, no como un ejercicio profundo de razonamiento crítico y reflexivo, sino simplemente saber leer en el sentido más primitivo, es decir, ser capaz de transformar en sonido el lenguaje escrito. Ese tipo de bibliotecarios tiende a llamar clásicos a las obras de Cuathemoc Sánchez y a las de Paulo Cohello, quizás porque son los dos escritores que más recomiendan a los visitantes.

Para mí, las bibliotecas son lo que una iglesia es a la religión, es decir, son el templo sagrado de comunión donde se llevan a cabo los más importantes rituales que confirman la fe. Imaginemos, por ejemplo, lo que sucedería si un sacerdote o un pastor durante el sermón alaba a Satanás y maldice a Jesús o si en el domingo de catequismo les dice a los niños que el rey Herodes es un héroe porque ordenó la matanza de decenas de recién nacidos en Belén. Pues bien, eso es exactamente lo que por desconocimiento y también por malas administraciones de lo público, están haciendo algunos bibliotecarios.

Favorablemente, no todos actúan así. En los últimos años, la situación ha empezado a cambiar. Muchos bibliotecarios han empezado a profesionalizarse con el apoyo de sus entidades administradoras y han organizado encuentros periódicamente para compartir experiencias, todo lo cual les ha contribuido enormemente para ejercer su trabajo con calidad. Ahora muchos de ellos se han convertido en mediadores de lectura, en promotores culturales, en gestores artísticos que realizan esfuerzos innovadores para acercar a los niños y a los jóvenes a los libros. Son profesionales con criterios técnicos y artísticos que orientan acertadamente a los visitantes, generan espacios de lectura para la felicidad de los niños, seleccionan el material de mayor calidad para sus estanterías, promocionan obras que realmente valen la pena, destacan el enorme valor de la Literatura Infantil y Juvenil. Sin embargo, no basta con que muchos bibliotecarios hayan empezado a dar ese cambio, es necesario que todos lo hagan. Caso contrario, muchos de nuestros templos sagrados seguirán estando en manos de herejes.

3. La comunicación: orientaciones para adultos

Hoy día, con todas las preocupaciones institucionales que han surgido en torno a la niñez, se realiza permanentemente muchas investigaciones sobre el tratamiento que recibe la figura infantil en los medios de comunicación. La Agencia de Comunicación de Niñas, Niños y Adolescentes (ACNNA), la Fundación Yupana, la UNICEF, la Unión Europea, la Fundación W.K. Kellogg, la asociación Medios Para la Paz (MPP), la Fundación Colombia Multicolor, entre otras entidades de carácter continental, publican constantemente documentos donde, por un lado, muestran los errores de estigmatización y desvalorización que cometen a diario los medios al referirse a los niños; mientras que, por otra parte, dan recomendaciones puntuales para corregir esas fallas y realizar un periodismo incluyente y justo. Existen dos trabajos particularmente interesantes con este enfoque. El primero es *La niñez y adolescencia en los medios impresos del Ecuador. Informe 2005 - 2006*, publicado por ACNNA en mayo de 2007. El otro trabajo es *Niños vinculados al conflicto. Cubrimiento periodístico responsable*, publicado por MPP en 2009.

Sin embargo, en todos estos estudios la figura infantil es analizada como parte del contenido, nunca como destinataria de ese contenido. Lo poco que en este sentido se ha realizado, son estudios de caso o tesis de grado donde se exponen experiencias lúdicas de periodismo hecho por niños y para niños: carteleras informativas en colegios, elaboración de revistas artesanales en cursos de bachillerato, boletines y programas radiales entre compañeros de colegios. Pero son contados los documentos donde se aborda una crítica reflexiva y constructiva acerca de cómo los adultos pueden generar desde los medios masivos de comunicación un periodismo literario dirigido a los niños.

En ese aspecto, la Literatura Infantil y Juvenil puede ofrecer valiosas respuestas, entre otras cosas, puede mostrar qué factores inciden en los gustos de lectura de los niños, qué elementos debe tener un texto dirigido a ellos y cuáles deben omitirse para no ir en desmedro de la calidad estética. En fin, el periodismo literario, la Literatura Infantil y Juvenil puede resultar muy importante para que todas las personas involucradas en los medios de comunicación aprendan a elaborar contenido responsable y con fundamento, que despierte el interés de los niños.

4. El polémico adjetivo: negocio rentable

La escritora Andruetto (2011) explica que los calificativos 'infantil' y 'juvenil' utilizados para catalogar cierto tipo de obras literarias deben tener un fin meramente informativo. Esto quiere decir, a mi modo de ver, que pueden servir, entre otras cosas, para indicarle al lector hacia qué sector poblacional está preferiblemente, no exclusivamente, dirigida la obra y cuáles son los formatos de impresión gráfica que presenta. El error, según Andruetto, es que casi siempre se utilizan estos calificativos para denominar una categoría estética. Entonces infantil y juvenil pasan a indicar cuál es el tema que aborda la obra, el tratamiento que se le ha dado, la forma cómo ha sido escrita y, lo peor de todo, el mensaje educador que dejará en el lector.

No son la ignorancia ni la dinámica social del lenguaje las que han provocado esta utilización errónea de los dos calificativos, la responsabilidad recae directamente sobre los intereses económicos de editoriales, que han convertido los libros para niños y jóvenes en un negocio redondo. Primero, buscan escritores que a bajos precios y en tiempo record moldeen una historia a un guion ya predeterminado, o sea, que escriban una historia ya escrita cambiando solo los nombres de los personajes y los espacios donde se mueven; luego promocionan estos libros en sus estanterías y en los medios de comunicación llamándolos *Literatura Infantil y Juvenil*, pero no para informar sobre sus particulares características de diseño o de público preferencial, sino como una forma de garantizar que poseen un contenido de altísima calidad y de enormes beneficios para los niños; entonces, por último, entran en escena los padres de familia, quienes compran a granel estos libros porque consideran que son una bendición para la educación de sus hijos. Nada más rentable: producir a bajos costos y vender en grandes cantidades, pero también nada más alejado de la literatura.

Por eso, Andruetto (2011) propone que antes de considerar una obra como parte de la Literatura Infantil y Juvenil, debe primero sometérsela a prueba para comprobar si se trata realmente de literatura, es decir, de una elevada manifestación artística que indaga la condición humana a partir del lenguaje escrito. Después de que cumpla con ese requerimiento, podrán contemplarse las posibilidades de que sea Infantil y Juvenil, antes no.

5. Utilitarismo pedagógico: la domesticación en la escuela

Hubo un tiempo en que la Literatura Infantil y Juvenil parecía estar en pañales, no por falta de calidad en sus textos sino por su incipiente categorización. Era una recién nacida a la que solo le llovían críticas, porque según muchos hombres de letras, no hacía parte de la fina estirpe literaria. Sin embargo, diferentes factores llegaron a socorrerla, a abrigoarla y a amamantarla; el primero de ellos fue el factor social, que se fundamenta en el aumento organizacional y adquisitivo de la ciudadanía; el segundo factor fue el educativo, que consistió en que padres y docentes descubrieron los beneficios integrales que una buena lectura dejaba a sus hijos; y el tercer factor que ayudó a la crianza de la Literatura Infantil y Juvenil fue su propia voluntad de crecer: la aparición de textos cada vez más especializados que indagan nuevas fronteras estéticas (Cervera, 1989).

La Literatura Infantil y Juvenil, ahora que ha alcanzado la mayoría de edad y que es capaz de defenderse por sí misma, ha empezado a pagarle con creces a quienes la ayudaron a desarrollarse, entre ellos: al factor social le ha entregado un nuevo campo laboral del que subsisten miles de personas en todo el mundo; al factor educativo le ha aportado el fomento y el gusto por la lectura en los estudiantes; y a sí misma se ha engalanado con obras que han despertado la envidia de muchos otros tipos de literatura.

Sin embargo, el factor educativo –específicamente su forma institucional más representativa: la escuela– no ha quedado conforme con el pago. Quiere que la Literatura Infantil y Juvenil se convierta en su esposa para que se encargue de hacer los oficios pedagógicos, la limpieza de los problemas en algunas asignaturas y la preparación de los alimentos éticos y morales. La escuela quiere, en otras palabras, quitarle la libertad a la Literatura Infantil y Juvenil, y esclavizarla para que le ayude a cumplir sus deberes.

Muchos críticos y escritores están de acuerdo en que la Literatura Infantil y Juvenil siga pagando a la escuela la deuda que tiene, pero no de cualquier forma, solo con el fomento de la lectura, porque “el hábito de leer difícilmente se adquiere en libros que no sean de literatura”

(Henríquez, s.f., p. 73); y algunas habilidades como la velocidad, la inferencia, el autocontrol y la comprensión “se desarrollan sobre todo en la lectura de ficción. Simplemente porque es la única lectura en la que los niños y las niñas estarán dispuestos a invertir las horas necesarias para su desarrollo” (Colomer, 2001, p. 2).

Pero hay otros críticos y escritores que se oponen rotundamente a que la Literatura Infantil y Juvenil ponga un pie en la escuela. Para Cervera (1989), esta literatura no es la encargada de fomentar la lectura –a pesar de la nobleza del propósito–, sino que esa tarea le corresponde a la sociedad, más directamente a la familia. Además, si la Literatura Infantil y Juvenil sigue asumiendo ese oficio está cayendo, según explica Bombini (2006), en un *notable desajuste epistemológico*, pues su naturaleza, su razón de ser es básicamente generar goce estético, no dejar enseñanzas o provocar inclinaciones hacia alguna actividad.

Ahora bien, hay una problemática que genera suma preocupación en todos los críticos y escritores, independientemente de sus posiciones sobre el modo de fomentar la lectura. Se trata de que la escuela ha logrado someter –domesticar– en buena medida a la Literatura Infantil y Juvenil. Hoy día, los docentes utilizan en el aula de clase los textos literarios para fortalecer las enseñanzas de las ciencias sociales, para poner ejemplos de convivencia, para provocar reflexiones morales y éticas, para afianzar conocimientos lingüísticos y para generar debates de orden político. Es decir, el carácter lúdico, recreativo, espiritual, estético de la Literatura Infantil y Juvenil se pierde por completo para darle paso a una instrumentalización o dirigismo que amputa la libertad del lector.

El gran temor de todos es que la Literatura Infantil y Juvenil termine casándose con la escuela y empiece a engendrar textos híbridos, horribles fenómenos que no tendrían ningún parentesco con el arte. Pero eso nunca llegará a suceder. La literatura –independientemente de su carácter infantil, juvenil, policiaco, erótico– es ante todo una mujer coqueta que disfruta plenamente de su libertad y que, como buena dama, sabe sacarle provecho a sus amantes de turno sin establecer compromisos duraderos. Así lo hizo durante muchas décadas con las novelas de caballerías, produciendo muchos textos carentes de fundamentos hasta que asestó un golpe maestro con la aparición de

El Quijote. Así también lo hizo con la radio, la televisión, el cine, la internet, la pintura, la fotografía, la escultura, la música, el teatro, el periodismo, la sociología, la filosofía y la historia, entre otros.

De modo que no hay que preocuparse por el futuro de la Literatura Infantil y Juvenil; el día menos pensado ella dejará abandonado el utilitarismo pedagógico de la escuela que hoy cree tenerla atrapada, y se llevará grandes riquezas con las que luego creará hermosas obras, para volver de nuevo a ilusionar a otro amante. Por supuesto, no abandonará a los estudiantes ni a los docentes, que son su razón de ser, lo que abandonará es el uso errado al que se la ha sometido en la escuela.

6. Vaciar moldes: la domesticación en el mercado editorial

La estrategia del mercado en nuestros tiempos tiende a fundamentarse en la repetición incesante de lo superfluo, pareciera que los consumidores han terminado por adaptarse a las formas sencillas que no les exigen mayor esfuerzo, que no les provocan conflictos internos, que no los cuestionan, que les permiten seguir disfrutando de su mediocre realidad sin ningún tipo de esfuerzo.

Aquello que se sale del formato, de la estructura previamente establecida, está condenado de antemano al fracaso comercial. Por el contrario, aquello que repite lo mismo de siempre tiene asegurado un puesto de honor en el top diez de los más vistos o vendidos. Por ejemplo, las telenovelas que repiten en diferentes contextos la misma estructura narrativa son las de mayor éxito comercial. El Chavo del Ocho, donde cualquiera puede prever el momento exacto donde doña Florinda le pegará la cachetada a don Ramón, continúa siendo, después de más de cuatro décadas, el programa número uno de la televisión latinoamericana. Entre Britney Spears y Lady Gaga, las dos cantantes más famosas de la última década, no hay ninguna diferencia: su música es igual de aturdidora.

Esta estrategia de mercado, que funciona perfectamente con la televisión, la música pop, la moda, ha querido ser aplicada en las últimas décadas en la literatura, sobre todo en la Infantil y Juvenil.

Muchas casas editoriales, favoreciendo sus intereses económicos, han fabricado moldes donde vacían historias que luego son ingeridas en grandes cantidades por los lectores que obedecen a las leyes del mercado. Esas obras, que aparecen en las páginas de los periódicos anunciadas como Best Sellers y que esgrimen el número de ejemplares vendidos como muestra de calidad, son en realidad comida chatarra: un atentado al paladar literario, un miserable bocado para entretenerse por un momento.

Cervera (1984) augura que, de continuar esta problemática:

Nos veríamos abocados a una crisis de la literatura de creación para los niños, los autores quedarían desplazados por equipos técnicos de producción, abundarían más libros didácticos que los libros con respuesta y la literatura infantil quedaría ahogada por la industria. (p. 36).

Frente a ese oscuro panorama, Colomer (2010) hace una interesante propuesta:

Hay que dedicarse a ejercer la responsabilidad de una nueva crítica que permita distinguir el grano de la paja, aunque la paja venga ahora tan bien arropada por cuidadas ediciones y estrategias de venta. Y hay que establecer circuitos de complicidad entre todos los sectores para producir, detectar y promocionar el fragmento de la producción en el que estamos realmente interesados. (p. 11).

Sin embargo, aunque las escuelas, las universidades, los grupos literarios, los buenos lectores, los verdaderos escritores, los críticos honestos y los medios alternativos empiecen a esforzarse por denunciar lo que está sucediendo, nada podrá detener el vértigo del mercado. Nuestra sociedad es una gigantesca rueda que gira sin parar cuesta abajo. Pero esto no significa que la literatura esté condenada a desaparecer; al contrario, es en esos territorios inhóspitos donde su existencia cobra un mayor sentido. Porque su naturaleza no es representar el mundo que todos ven, no es una realidad compartida, sino que es precisamente señalar las posibilidades que nadie se ha atrevido a mostrar. Todo escritor, como lo explica Vargas Llosa (1997), lleva en su interior un revolucionario, no en el sentido marxista de quien impone el odio de clases, sino en la esencia filosófica de quien rechaza vehementemente lo impuesto, en este caso, las dinámicas del mercado.

Referencias

- Andruetto, M. (2011). Hacia una literatura infantil sin adjetivos. En *Teoría de la literatura infantil y juvenil, guía didáctica* (pp. 62-67). Loja, Ecuador: Editorial de la Universidad Técnica Particular de Loja.
- Baudelaire, C. (1993). *A propósito de Gustave Flaubert*. Bogotá: Grupo Editorial Norma. Bogotá.
- Bombini, G. (2006). La literatura en la escuela. En *Entre líneas, teorías y enfoques en la enseñanza de la escritura, la gramática y la literatura*. (s.p). Buenos Aires: Flacso Manantial.
- Cervera, J. (1984). *La literatura infantil en la educación básica*. Madrid: Cincel.
- Cervera, J. (1989). *En torno a la literatura infantil*. Madrid: Centro Virtual Cervantes.
- Colomer, T. (2001). La lectura de ficción enseña a leer. *El Monitor de la Educación. Revista del Ministerio de Educación de la Nación Argentina*, 4, 3-9.
- Colomer, T. (2010). *La Literatura Infantil: una minoría dentro de la literatura*. Recuperado de http://www.ibbycompostela2010.org/descarregas/cp/Cp_IBBY2010_5-es.pdf
- Henríquez, P. (s.f.). *La utopía de América*. Caracas, Venezuela: Universidad Nacional de La Plata.
- Nogales, J. (2009). Caignet replica a sus críticos. En *La pasión de contar, el periodismo narrativo en Colombia 1638 - 2000*. (pp. 693-700). Medellín: Editorial de la Universidad de Antioquia.
- Peña, M. (2010). *Teoría de la Literatura Infantil y Juvenil*. Loja: Editorial de la Universidad Técnica Particular de Loja.
- Vargas, M. (1997). *Cartas a un joven novelista*. Barcelona: Círculo de lectores.
- Verdulla, A. (2011). Definir la LIJ. En *Teoría de la literatura infantil y juvenil, guía didáctica*. (pp. 53-62). Loja, Ecuador: Editorial de la Universidad Técnica Particular de Loja.